

DEL CASAMIENTO

DE

LA ARREBAJA

POR

D. JACINTO DE SALAS Y QUIROGA.



MADRID.

-DCC-

Imprenta de D. R. E. GARCIA, calle de Jordines, núm. 15.

—DCC—

1845.



NA cuestion relativa á España ocupa en la actualidad la atencion de los diplomáticos europeos. Por mas que el orgullo nacional se resienta de que intervengan estraños en la resolucion de nuestras contiendas, la dura ley de la necesidad debe obligarnos á entrar en el campo de las negociaciones, ya que, por falta de union, no estamos desgraciadamente prontos á entrar en el campo de la lucha. Uno es el derecho y otro el duro peso de la fuerza, y aleguemos nosotros la santidad de nuestros deseos ó desdeñemos los principios, es lo cierto que nuestra independenciam, en el estado de los disturbios que nos agitan, no puede ser sino relativa, esto es, cuestion de habilidad diplomática.

Pero, si, al menos, á tan graves dificultades, pudié-

ramos oponer el contrapeso de un acuerdo interior entre los partidos que dividen al pueblo español, fuera lícito esperar que el tiempo contribuiría á cicatrizar tantas llagas como, por desdicha, manan sangre todavía. Es, á los ojos de la filosofía, no solo mezquino, sino torpe, el dejar que el adversario corra al precipicio, cuando mas ó menos elevados nosotros, pisa nuestro pie la misma pendiente.

No es verosímil que el matrimonio de S. M. la Reina, por grato que sea á los españoles, pueda ser lábaro de nuestro reposo; pero, no es imposible que este grande acontecimiento encierre en sí el germen, no de una reconciliacion que jamás se habrá de realizar, pero, sí á lo menos de un órden nuevo que dé por resultado lo que mas apetecen los españoles, esto es, legalidad. De temer es, no obstante, que los partidos, mas atentos á satisfacer infructíferos enconos, que á preparar un porvenir, mas ó menos lejano, pero seguro de gobierno, permanezcan sordos á la voz de su conciencia, y renieguen del bien, si el bien lo han de recibir por manos de sus émulos. Sin embargo, hay deberes que es preciso cumplir, aun sin esperanza de éxito, y estas líneas son la expresion de un impulso de la conciencia, que no por dejar de dar fruto inmediato, será tal vez estéril como medio de ilustracion material.

Analicemos friamente esta grave cuestion.

¿Por qué todos, sean cuales sean nuestros principios políticos, damos importancia tal al resultado de este árduo asunto? ¿Lo merece en sí ó esta zozobra es una expresion de amor ó de temor, un respetuoso obsequio á la augusta huérfana que ocupa el trono de sus mayores?

En el órden lógico, busca el pensador respuesta á

esta última pregunta en lugar preferente, esperando hallar en ella algun medio de comprender la primera.

Desgraciadamente es cierto; un interes político, único en muchos, combinado con el afecto y el respeto en algunos, es objeto de esa inquietud que se lee en todos los semblantes, que agita á todas las clases de nuestra sociedad. Tal vez desde la invasion francesa, no se ha vuelto á presentar hasta ahora otra cuestion que como esta sea de interés verdaderamente nacional. Y este título lo merece ya se considere como elemento inmediato de accion, ya como base de un porvenir desconocido; porque el instinto público, superior á toda razon lójica, no se opusiera en muchos á las teorías proclamadas, si, en verdad, no encerrase verdades de aplicacion que fuera vano desconocer.

Los partidarios de la ley sálica se ven obligados á incurrir en contradiccion grave, uniéndose á los que no pueden mirar al trono independiente de las instituciones. No les es licito mostrar prisa en que se efectue este enlace sin condenar sus propias doctrinas. Fuera única disculpa á su anhelo el justo deseo de ver asegurada la sucesion á la corona; pero, hasta este reparo es vano, hallándose la infanta Luisa tan inmediata al trono, y, considerada bajo el prisma de la ley sálica, en favorable condicion para heredar.

Este mismo ejemplo prueba que la grave cuestion que tanto agita á los españoles, es de aquellas de orden tan elevado que el instinto nacional la sobrepone á todas cuantas consideraciones son movil de la accion de los hombres de partido. Y si la frialdad de nuestra razon no nos engaña, una es la causa de tamaño afan, y he aquí el motivo porqué todos, sean cuales sean sus principios

políticos, damos tal importancia al resultado de este árduo asunto.

En los gobiernos absolutos, la capacidad del soberano suele ser el termómetro de la felicidad pública. El carácter da ensanche ó comprime esta capacidad; pero, sin ella, solo el acaso es regulador de la marcha del estado.

En los gobiernos representativos, la capacidad en el soberano es menos precisa que la fortaleza en el ánimo. Los hombres eminentes que la nación brota suben bullendo hasta las gradas del trono, y allí deben hallar asiento todas las prendas eminentes; la virtud, la intelijencia, la gloria. Sin este indispensable elemento, no cabe felicidad pública.

Pero el soberano no ha menester abandonar su sólio para buscar á estos hombres eminentes; el pueblo se los muestra subidos en sus hombros, y la irresponsabilidad real es siempre una verdad, cuando acojiendo de igual modo á todos, como el padre á sus hijos, el gefe del estado está pronto á elevar, y deja que otro poder mas irresponsable derribe.

¿Quién dijera que esta tarea, ¡miserable condicion humana! es la mas árdua, y que mas fácil es hallar en el soberano la alta intelijencia que gobierna, el corazon que da ejemplo, la virtud cautivadora, que esa fria abnegacion que cierra los ojos á la pasion, y da la mano, con los ojos vendados, al que ha conquistado este augusto derecho? Pero, ¿cómo exigir de la flaqueza humana que el gefe del estado no confunda los deberes del ser privado con los de la magestad? ¿Cómo exigir que abandone cuando el favor público los abandona, á los leales servidores del estado y del trono? ¿Cómo exigir que reciba risue-

ño al que, poco antes, era reputado tal vez, en tiempos de revueltas, como traidor?

Sin embargo, la condicion de la magestad es esta, y el que no la respeta labra la desventura de la nacion.

Nuestra augusta soberana es, sin duda alguna, amada de su pueblo, y ciertamente que, si tuviésemos la desdicha de vivir bajo un réjimen absoluto, nada temiéramos ni de su capacidad ni de su carácter. Desarrollados ambos con la edad, serian sobrada garantía de acierto, y por consiguiente de felicidad. Pero, su régio corazon, mas tierno por las desgracias, la horfandad, el sexo y la edad, ha menester de una fortaleza suma á fin de sobrellevar los penosos deberes que su elevada gerarquía le habrá de imponer en el curso de la que le deseamos dilatada vida. Y esta fortaleza no la adquiere el sexo delicado á que la Reina pertenece, sino al lado del único ser que tiene derecho á su ciega é invariable confianza. Todos los vínculos se relajan; este solo permanece eterno é indisoluble, bajo el mismo principio y la misma santificacion.

Es, pues, el enlace de la Reina una necesidad imperiosa, no exigida solamente por el deseo de asegurar sucesion á la corona, no por las circunstancias especiales de la nacion, sino por la índole del gobierno representativo. Hácese cada día mas indispensable el que S. M. halle en la robustez de los vínculos domésticos bastante alimento á su corazon, y de este modo pueda, con mayor fortaleza, vivir sin las zozobras que en su régio ánimo deben haber sembrado los consejos de los que han hallado el acceso que da siempre el abandono. La felicidad del hogar doméstico predispone á esa imparcialidad, base del poder real en los gobiernos representativos.

Pero, si está demostrado, á los ojos de todos, que este

enlace es una necesidad de la época, no se hallan conformes los pareceres, cuando se trata del candidato que ha de sentarse al lado de la Reina. Esta divergencia de pareceres es dimanada, entre las personas de buena fé, de que tal vez, arrastradas las mas por las pasiones políticas, no atienden á las condiciones indispensables de este enlace, y no examinan menudamente qué elementos son precisos para que el futuro esposo de la Reina ofrezca las garantías que el porvenir de la España ha menester. Nos atrevemos, por lo tanto, á entrar en materia tan árdua, y, á riesgo de ofender involuntariamente y de atraernos el encono de parcialidades que tal vez respetemos, vamos á esponer, sin reticencias, todo el lleno de nuestras opiniones.

Dos son los grandes partidos políticos que dividen á España: el uno pugna por el establecimiento del sistema liberal; el otro por el del régimen absoluto. Entre ellos puede haber treguas, reconciliacion jamás. Poco á poco las invasiones de la filosofía van iluminando el horizonte político, y el sol de la libertad sale de las tinieblas que en pasados tiempos tenían oscurecido su brillo. Vanse, poco á poco, perdiendo las antiguas tradiciones, y una nueva era de esperanza comienza para la juventud española. La discusion libre agrada á la inteligencia, y un instinto de justicia mueve á los mas á buscar la victoria en la lucha. El que se siente con fuerzas no rehuye el combate, y el que, si no abriga fuerzas, abriga pundonor, desdeña la usurpacion. Nuevos hábitos engendran pensamientos nuevos, y es indudable que, de dia en dia, disminuyen los partidarios del sistema antiguo.

Pero, no desconocemos que, si en el siglo venidero, será una anomalía el profesar principios absolutistas, como

lo fuera profesarlos hoy en Francia, en el día es una prueba de amor á vetustas tradiciones que merecen en sí, lo confesamos, mucho respeto para almas bien nacidas. Hay absolutistas de buena fe en nuestros días, y lo diremos, á riesgo de pasar por defensores de paradojas, los hay entre los hombres de vasta instruccion y de entendimiento claro. Los miopes que no ven mas allá de un breve radio, achacan á la institucion en sí los disturbios, las oscilaciones, los crímenes, si se quiere, que son inherentes á todo cambio radical de sistema. Así estorban el paso del viandante los escombros de un vetusto edificio, sin cuyo derribo fuera imposible elevar otro de gallardas formas.

Parece, por lo tanto natural, que estas dos grandes divisiones de españoles muestren diversidad completa de pareceres en la cuestion que es objeto de estas líneas. Como encontrados estan sus intereses y sus opiniones, así lo estan sus deseos. El exámen de la naturaleza de estos partidos dará por resultado la conviccion de que toda aveniencia es imposible, y que, sin cometer un dilate, sin preparar un suicidio, no puede ninguno de los dos renunciar á las condiciones de su naturaleza.

¿Qué debe buscar el partido absolutista en el futuro consorte de la Reina?

¿Qué, el partido liberal?

He aquí la cuestion presentada clara y terminantemente.

Para quien cree que el trono es una emacion del cielo, no una institucion, sino una partícula del poder divino, aglomerar fuerza en el poder real es un contrasentido, pero un deseo y una necesidad. Es un contrasentido, decimos, porque si la magestad fuera rayo del sol que

nunca ha de apagarse, en sí encerrára elementos sobrados que harían inútil todo apoyo extraño. Pero, como los partidarios de esta doctrina ceden por instinto á las leyes de la lógica, piden robustez para ese trono, porque, en verdad, el trono lo ha menester si ha de ser independiente. El modo mejor de adquirirla, es, sin disputa, el estrechar los lazos que unen entre sí á los soberanos de distintos pueblos, es fortalecer ó inspirar las creencias de la augusta Reina, es el dar un elemento que sea fuerza brutal, si es útil y posible, ó que se amolde á la intriga en contrario caso. Este partido tiene apego al antiguo sistema de las alianzas, olvidando que las alianzas, entre soberanos, han perdido mucho, y no han ganado nada. Testigo el pacto de familia, testigo el enlace de Napoleón, testigo la firma de la Rusia en el acto constitutivo del reino de Bélgica. En las alianzas solo busca este partido hábitos de poder, y quiere traer por consejero al trono, no una palabra, sino un látigo.

Los que profesan principios liberales no entienden aconsejar á la Reina que tome por marido un amo y señor, sino tan solo le ruegan que escoja, por su propio interés, un compañero, un amigo que proteja su independencia, que sea su primer súbdito y que dé á su pueblo el ejemplo de todo lo bueno, que sea para ella el símbolo del pueblo, para el pueblo el símbolo de la magestad; un hombre capaz de amar la gloria, sin ambicionar el premio, que nada espere, que nada tema, que, al igual de los antiguos paladines, rompa lanzas por su señora, y se contente, despues del triunfo, con una mirada de amor; que no permanezca tan elevado que desconozca el mundo, que pueda bajar sin descender, y ver, por sus propios ojos, el bien para aconsejar, el mal para precaver.

Y ¿cuáles son las condiciones que garanticen esta privilegiada naturaleza? ¿En que bases se habia de fundar esta conjetura?

En una sola, en la educacion. Vanas serán todas las prendas individuales si no las ha desarrollado ese sol vivificador del mundo moral; vanas las esperanzas é imposible la confianza, á los ojos del pueblo liberal, si los precedentes del candidato no le dan á conocer que el ejemplo y la educacion se aunan para reunir en él las condiciones deseadas. Es fuerza traer al terreno de la realidad este punto, y entrar, aunque con pesar, en el campo de la aplicacion, y, por lo tanto, de las personalidades.

Para el partido absolutista hay muchos candidatos en Europa; para el liberal, muy pocos.

En primer lugar, hase hablado del hijo mayor del ex-infante don Carlos. No quiera el cielo que contribuyamos nosotros á atormentar mas y mas al desgraciado. El nuevo conde de Montemolin puede, no lo negamos, reunir prendas personales suficientes para hacer la felicidad del pueblo español; reconocemos en su conducta templanza, sino elevacion; su language es tan conciliador como puede inspirárselo la errada creencia en que ha vivido de sus soñados derechos al trono. Pero, el hijo de don Carlos es rechazado por el partido liberal en masa, y por la mayoría del partido absolutista. ¿El crimen paterno, suponiendo que haya crimen, dicen muchos, es bastante tacha para invalidar al hijo? No rehuimos cuestion n'nguna, y osadamente contestamos: *sí*. Pues, qué! ¿habrán los méritos paternos de dar un trono, y las faltas paternas no habrán de quitarlo? ¿Qué crímenes habia cometido el duque de Rastatd? ¿Qué falta, el duque de Burdeos? Y esta razon se funda en la lógica. ¿Es posible, cediendo á

los impulsos de la verdad observada, que el hijo de don Carlos, al verse sentado al lado de su soberana, no llegue á olvidar, arrastrado por sus recuerdos ó por los consejos de sus aduladores ambiciosos, el lugar que debe ocupar, y usurpe el que no le corresponde? ¿Quién en este caso, protegería á la nacion contra las asechanzas que no ve? Y si aun esto no bastara ¿pondremos al desgraciado príncipe en el duro caso de ser ingrato con los que no lo han abandonado en la desventura, ó de faltar á sus deberes dando consejos parciales?

No existe equilibrio entre el partido carlista y el resto de la nacion; dar armas á la intriga, es encender de nuevo la tea, apenas apagada, de una guerra patriótica.

Pero, este candidato, hallándose abandonado de apoyo diplomático y en lucha con los recuerdos infantiles de la régia novia, no es verosímil que alcance el triunfo. Con mas apariencias de éxito, pudiera entregarse á la esperanza el jóven conde de Trápani que apoyan el grueso de absolutistas y algunos ilusos liberales. El príncipe napolitano no tiene, en verdad, á favor suyo, los grandes elementos que prometen un porvenir de felicidad; á tal punto que va siendo ya impopular, entre los mismos que lo desean, el apoyar el proyecto de este enlace. Una alianza con Nápoles, ni aun reinando las ideas diplomáticas del siglo XVII, tiene para España valor ninguno. Por otra parte, la educacion que ha recibido el conde de Trápani no da garantías de que sea grata su persona á un pueblo caballeresco y guerrero. Por eso, si la estrella de España quiere que se efectúe este enlace, de mas en mas turbio se presentará el horizonte político.

¿Cómo tan poco han hablado los absolutistas de la ca-

sa reinante de Austria, de la de Baviera, de la de Luca, de la de Cerdeña?

El Austria ha dejado en España recuerdos gratos y penosos; gratos en Carlos V; penosos en todos sus sucesores. Pero, el Austria es una nacion de primer orden y su amistad puede ser de gran peso en nuestras relaciones exteriores. Da mucho peso á esta consideracion el mérito personal de muchos de sus archiduques. El emperador no tiene hijos; pero, su hermano y sus tios tienen varios entre los cuales algunos de sobresaliente mérito. Archiduque de Austria es el soberano de Toscana, que hiciera amar el gobierno absoluto, si este gobierno no encerrase en sí un germen de mal en el mismo bien. Archiduque es tambien el gobernador de Hungría; padre de príncipes recomendables. El comandante de la division marítima de Venecia, marino aventajado, príncipe austriaco es igualmente, y en suma, entre once archiduques nubles que tiene el Austria, solo la eleccion estorbaria.

No se concibe como los cortesanos no han pensado con mas afan en esta casa soberana. La etiqueta austriaca, de que tanto nos ha cabido en herencia, debe alagar su amor propio. Un grande del imperio, el conde Eugenio Czernin, es gran maestre de las cocinas imperiales; y la ritualidad palaciega no nos ha llevado tan lejos en España.

El rey de Baviera, además del rey de Grecia y del heredero del trono, tiene un hijo allegado de la casa real de Rusia. El príncipe Adalberto, como buen helenista, entiende la libertad en los libros de los antiguos griegos; pero, nada mas.

De Luca el príncipe Fernando, deudo muy cercano de la Reina, puede alegar títulos á su régia mano. ¿Por

qué han de ser motivos de exclusion los descarríos de su padre?

El duque de Génova se halla igualmente, sin tacha, á los ojos de los absolutistas españoles.

Entre los vástagos católicos de las casas reinantes, no sabemos de otros que pudieran merecer la confianza del partido absolutista, y no es este el dia, por desgracia de España, en que se pueda hablar libremente contra el fanatismo religioso.

El bando liberal vacila todavía en la eleccion del candidato que reverentemente presente á la mano de S. M. Pocos se ofrecen á sus simpatías, y á tal punto los van descartando inconvenientes especiales, que, al fin, en uno forzosamente habrán de reunirse todos los deseos.

Háblase con empeño del heredero del trono de Portugal. Ningun pensamiento fuera mas fecundo en resultados que este, si no se opusiera á tan buen enlace un solo obstáculo que no han previsto los que lo han ideado. Este obstáculo es que semejante matrimonio es imposible. Solo un celo patriótico muy laudable, pero elevado á las regiones de los sueños, puede continuar apoyando una idea, grande, sublime en sí, pero sin aplicacion. El príncipe don Pedro de Portugal no ha cumplido todavía ocho años, y ni la salud de la Reina, ni los disturbios políticos, ni las conveniencias nacionales permiten que se prolongue la inseguridad en tan grave materia, por diez años mas. Cada dia hacinaria nuevos combustibles que alimentaria la esperanza de los demás pretendientes y de sus parciales. ¡Ojalá que así no fuese!

Dos príncipes, ambos llenos de prendas heredadas y personales, se ofrecen naturalmente á los ojos de los liberales. Por desgracia, el nombre de cada uno de ellos

rechaza al otro. Queremos hablar, fácil es adivinarlo, del duque de Montpensier y del príncipe Leopoldo de Sajonia Coburgo. Ambos tienen igual edad, igual esmerada educación, igual noble ejemplo que seguir, iguales pruebas dadas de inteligencia y bondad; ambos son gallardos, instruidos, de sentimientos elevados; ambos merecen mucho; pero, la estraña fatalidad que, en obsequio del equilibrio europeo, tanta rivalidad ha encendido entre Inglaterra y Francia, cuando de asunto de España se trata, imposibilita á nuestra Soberana de arrojar la vista hácia estos augustos personajes. Ni el prudente rey de los franceses consintiera que el menor de sus hijos se espusiese á la enemistad de la nacion inglesa que tanto ama; ni la Inglaterra lo consintiera, sin que tuviese España suficiente razón para acometer la empresa de arrostrar por una enemistad que no le intimidaria en mejores dias. El príncipe de Coburgo, á pesar de los vínculos de familia que lo unen con la casa real de Francia, es rechazado por el gobierno francés tan solícito de mostrar su poder. Las mismas razones existen para no esponerse á desavenencias inútiles.

¿Qué príncipes, pues, quedan que pueda adoptar el partido liberal? Dos solos que, siendo hermanos, no forman mas que uno solo para nuestro pensamiento. Los hijos del infante don Francisco. ¿Qué tacha habrá de oponerse á su admision? Razonable no la hay. Deudos de la Reina, educados en las doctrinas liberales, poco afortunados para el engreimiento, dóciles al consejo de la experiencia, y, por último, españoles, nutridos en nuestras preocupaciones y en nuestras creencias, ellos solos se presentan puros de manchas que, aunque inocentes, ajan el esplendor de la inocencia política.

Hallándose en condicion igual, heito es que su magestad la Reina muestre su preferencia, que allí donde no lo vedan las leyes del interés general, la voluntad régia no debe tener trabas. El infante don Francisco de Asis, modelo de templanza, sigue noblemente la carrera de las armas, y el noble infante don Enrique, mas emprendedor y arrojado que su hermano, aspira á la gloria de restaurar nuestra decaida marina. El partido liberal debe aconsejar á la Reina que se digne dar su mano regia á aquel de los dos príncipes hermanos que mas simpatice con sus gustos, inclinaciones y carácter privado.

Por fortuna, el proycto de este enlace no ofrece complicacion diplomática. ¿Qué motivo de repulsa pueden oponer las naciones estrangeras?

Ninguno de razon. De fuerza tampoco ninguno, que si los españoles, unidos todos, cercamos el tálamo de nuestra augusta soberana, mientras uno solo de nosotros alienate, no habrá bayoneta estranquera que rasgue las blancas colgaduras que lo velen.

